

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS.



SECCION RECREATIVA.

MAL-ALMA

I

Reinaba en el pueblecillo cierta zozobra angustiosa: los hombres volvían apresurados del trabajo antes de tiempo, dejaban las herramientas en sus casas, y acudían en tropel a la taberna del tío Mal-alma. Las mujeres salían también azoradas, reuniéndose en corrillos, tornaban a separarse, y con las cabezas en alto, como perro que rastrea, iban y venían en busca de noticias de la puerta de la taberna a la del dismantelado caseron de D. Juan Sin-cara. Hallábase atado a una argolla de hierro fija en la pared de éste un magnífico potro certero, negro, con hocado y serreta en las débiles bridas, silla vaquera, alforjas de camino detrás, pistolas en el arzon delantero, y escopeta de dos cañones al castado derecho. Un grupo de chiquillos rodeaba al hermoso animal, que sacudía briosamente las crines y pifaba impaciente, como protestando de aquella violencia que le arrebatava su libertad. A su lado otro caballo fuerte, aunque poco airoso, huesudo, de esos que en Andalucía suelen usar los vaqueros y aparceros de cortijo, llevaba con paciencia aquellos mismos arreos, mitad rústicos, mitad guerreros, y daba con su inmovilidad lecciones de sumisión a su indomito vecino.

Preguntas ansiosas, respuestas entrecortadas y exclamaciones de sorpresa, de temor, de odio y de esperanza, circulaban por todas las bocas, unidas siempre a un nombre extraño: al nombre de Lopijillo.

—¡Lopijillo ha venido!—decían los hombres con cierta mezcla de misterio, de temor y de esperanza.

Y al repetir este nombre las mujeres llenas de miedo, añadían con rabiosa saña:

—¡El demonio se lo lleve!... ¡Maldito sea!... ¿Y no habrá un rayo que lo parta?...

En la última casa del pueblo, separada de las restantes por un cohombal de melones, un hombre rechoncho y carileno apoyaba la robusta espalda en una añosa higuera plantada a la puerta, por cuyo tronco subía y se enredaba una verde parra, con aquella juguetosa confianza con que rodea un niño los brazos al cuello del abuelo. Golpeábase maquinalmente con una varilla sus zahones de paño burdo, como sacudiéndoles el polvo, pero disimulando en realidad el mal humor que se retrataba en su fisonomía bondadosa y hasta simple. De pie en el

dintel de la puerta se hallaba una mujer de rostro enjuto y ojos vivísimos: tenía debajo del brazo un sombrero de hombre, y hacía calceta con cierta actividad fébril, que revelaba bien a las claras la irritación de su ánimo.

—¡Te digo que no irás, Juan Antonio!—decía con voz alterada.—Ese D. Juan, que así le pega el don como a tí una mitra, y tu compadre Mal-alma, te van a perder... ¿Qué te va a tí ni te viene con que mande Rey ó mande Roque?... ¡Pues alma de Dios, lo que no has de comer, déjalo cocer!

—¿Que no me va ni me viene?—replicó Juan Antonio.—Pos mira que cuando vengan los míos, ya te regodearás entonces... Como que me ha prometido don Juan too el cortijo que linda con mi pejugar... ¡Y qué hermosos que están los trigos!... Cada espiga parece un roble, y cada grano como mi puño!... Verás como salimos de apuros, y de éste lo como por lo trabajao, que nos tiene siempre con el agua al cuello.

—¡Nuestro Padre Jesús me valga!—exclamó la mujer.—Pues si ese D. Juan ó D. Mengue te lo ha prometido, anda y haz una raya en el agua del pozo, pa que te acuerdes de recogerle la palabra... Lo que él hará en cuanto se encarama al árbol, será darle un puntapié a la escalera... y cuidado no te saque del cuero las correas con que te azote... ¡Si irás tú a dejar por embustero a su Divina Majestá, que nos condenó a ganar el pan de cada día con el sudor de la frente!... ¡Vaya un sinfundio!

—¿Pues y tanto rico que, como dice D. Juan, les luce el pelo sin hacer en too el santo día má que su real gana?

—Anda, Juan, que si los pobres sudamos pa fuera, los ricos sudan pa dentro... ¿Pues no ves cómo a los más les sabe la miel a rejalgár, y andan siempre la barba sobre el hombro, teniendo por sus dineros?... ¿Y pa qué nay pobres y ricos sino pa que se ayuden a entrar en el cielo? Los ricos pagan la entrada con la limosna que dan, y los pobres con la paciencia que tienen; y si algun señorón tiene entrañas de piedra, su alma su palma; que Dios hay, y muerte, juicio, infierno y gloria... Con que Juan, por los clavos de Cristo, que te dejes de ir a casa de ese D. Juan de mis pecados, donde te llenan la cabeza de muñecas y el corazón de hiel... ¡Tú, que eras una pátoma cuando no oías más sermones que los del señor Cural...

—Ya te dije que he prometido ir, Catalina; y al buey por el asta, y al hombre por la palabra.

—¡Pero si esa palabra es para que tú mismo te pongas la sogá al cuello!... Si esa palabra...

La saya se heló en los labios de Cata-

lina, al ver aparecer por la esquina de la casa, un rostro ancho y aplanado como el de un perro de presa, sombreado por mechones de pelo entrecano que cubrían su estrecha frente. Fijó el recién venido sus ojos bizcos en el grupo que marido y mujer formaban, y dijo con voz chillona y cascada, como la trompetería de un órgano destemplado:

—Compadre... Andandito, que ya es la hora...

Catalina se plantó de un salto delante de su marido, y dijo resueltamente:

—Este no sale hoy, tío Mal-alma; con que ya se puede usted volver por donde ha venido.

Mal-alma dió dos pasos adelante, se cruzó las manos a la espalda, y dijo con mucha paz:

—¡Caramba, y qué súpita es usted, comadrel!

Y acercándose a Juan Antonio, que daba vueltas irresoluto a la vara que tenía en la mano, añadió con la seguridad del que sabe la cuerda que pulsa:

—¿Se va usted a dejar tomar el pelo por una hembra, compadre?... ¡Vaya que es usted blando de boca!

—¿Yo?—exclamó fieramente Juan Antonio, que como todos los caracteres débiles no podía sufrir que se trasluciese su bebilidad, y arrancando de manos de Catalina su sombrero calañés, que en vano procuraba retener ésta, se dirigió hácia el pueblo sin añadir palabra.

El ástute Mal-alma le siguió de cerca, diciendo con sorna a la buena mujer:

—Si teme usted que se pierda su hombre, le daré recibo, comadre...

—¡Lo que yo quiero es que no asome usted más por aquí esa cara de judío de Viernes Santo, so desvergonzado!—contestó Catalina furiosa.

Mal-alma sonrió socarronamente, y se alejó canturreando:

Cuatrocientas mujeres

Seiscientos loros,

Arman una algazara

De mil demonios.

La relación de la suma total con los sumandos de la seguidilla, acabó de exasperar a Catalina, y se metió para dentro, dando tan tremendo portazo, que asustado el gato se encaramó en el tejado, las gallinas prorrumpieron en enérgicos interjecciones, el gallo las arengó en latín con un prolongado *propterea quooooo!*, y dando dos pasos al frente, se detuvo con una pata en alto, el pezcuezo estirado, torcida la cabeza, brillante la mirada...

—¡Caveant Consules!—dijo.

II

Llegó la noche y una porción de sombras fantásticas comenzaron a cruzarse por el pacífico pueblo: uno a uno salían de la taberna del tío Mal-alma sus parre-

quiños, como los murciélagos de su asqueroso nido, y después de varias curvas estudiadas, desaparecían rápidamente, como si temiesen algún espionaje, por el negro boqueron de la casa de D. Juan Sin-cara. Hasta unos cincuenta hombres fueron reuniendo en un estrecho aposento bajo, que hacía más capaz un tabique derribado que lo separaba antes de la caadra, y allí, entre las pestes que consigo traían, y las pestes que allí encontraban de reserva, entre los vahos vinosos de alientos y chicotes, y los metílicos del estiércol corrompido que aun quedaba por los rincones, entre los temores de grandes peligros y las esperanzas de grandes venturas, se aprestaron á recibir á Lopijillo, el ilustre demagogo de la ciudad, que iba á presentarles don Juan Sin-cara, el demagogo sucursal de la aldea.

Susurrábanse grandes noticias: decíase que había llegado la hora de dar el golpe definitivo, que Lopijillo traía en las alforjas la orden de liquidación social, y que aquella noche sería la última en que los ricos durmieran tranquilos en sus palacios. El tío Mal-alma, Ganimedes de aquellos padres conscriptos, hacía circular mientras tanto un jarro de vino, que mantenía el entusiasmo, alejaba los temores, fortalecía la esperanza y despertaba la elocuencia.

Fecundi calices quem non fecere disertum?

Entró al fin por el hueco de un pesebre que con la casa comunicaba, un hombre que no parecía hombre. Un sombrero hongo de anchísimas alas, caído hasta las cejas, le ocultaba la frente: seguían debajo unas enormes gafas de cristales verdes, y arrancaba de estas una barba negra y espesísima, bardal inculto en cuyo centro se levantaba una nariz roma diciendo, á modo de epitafio:—Aquí yace una cara.—Aquel era el famoso demagogo conocido en la ciudad con el apodo de *El hombre ignoto*, y más á pata llana, en la aldea, con el de *don Juan Sin cara*, por no tener ninguna á la vista. Vestía siempre, y en todo tiempo, un cumplido gaban, en cuyos profundos bolsillos sepultaba maquinalmente las manos, cuando en el calor de la improvisación le faltaba la frase, como si tuviese allí el depósito de sus conceptos: solías entonces sacar y meter con actividad febril sin encontrar la fugitiva idea, hasta que topándose en cambio con algún asqueroso terno, lo soltaba mondo y lirondo para redondear el periodo y dar energía á la frase. Entró detrás Lopijillo, el demagogo ciudadano, ilustre personaje que en otro lugar daremos á conocer al público, en todo el esplendor de su gloria revolucionaria: en pos de ambos caminaba un tercer personaje de polainas y marsellés, secretario rural de Lopijillo, que enarbolaba una bandera de flamante percalina roja.

Escalaron los tres una desvencijada tarima que en el testero del Club-cuadra se levantaba, y en medio del más profundo silencio tomó la palabra Lopijillo, improvisando un trozo de elocuencia que había aprendido de memoria en *La Guillotina*.—*Diario para los ricos*.—Era llegado el momento: la hora de la justi-

cia había sonado para proletarios y poderosos, y los papeles iban á trocarse. Con la flamígera antorcha de la civilización en la mano, había recorrido él (Lopijillo) ciudades y aldeas, sacrificándose por el bien del proletario: hambres, frios, desnudeces, malos tratos y cuantos tormentos pueden inventar la tiranía y la Inquisición para aherrar al noble campeón del pueblo, los había él sufrido... Pero aun quería sufrir más: aun no estaba saciada su sed de sacrificio. Había llegado el momento de que España entera proclamase á un solo grito la República Federal, y él estaba dispuesto á sacrificarse de nuevo, aceptando la candidatura de diputado, si ellos querían elegirle... Allí estaba la bandera roja que él había venido á entregarles con riesgo de muerte: una vez enarbolada en España, se procedería al reparto general de bienes entre los pobres. Los ricos usurpadores habían ya disfrutado bastante... En cuanto á él nada quería: le bastaba un cielo puro, un manso arroyuelo, una mata verde, y el espectáculo de la humanidad abrazándose á la sombra de un gorro frigio...

Una tempestad de gritos, aplausos, berridos y patadas estalló en el Club-cuadra, evocando las sombras de aquellos sesudos machos, sus primitivos inquilinos, que tantas veces habían estremecido aquellas paredes con los ecos de sus rebuznos y sus coces. Aquellos acentos guerreros que tenían ya algo de las Termópilas, embargaron la voz á Lopijillo. Quiso continuar y no pudo: el vértigo sublime del entusiasmo le envolvió en su torbellino, y los mudos arranques de la oratoria griega y romana, pasaron ante sus ojos. Marco Antonio, rasgando la toga de su amigo, para hacer ver al Senado las heridas recibidas en defensa de la patria; Pericles, abrazando á Aspasia en el Areópago de Ateas, también callaron. Abrazóse, pues, en silencio al rojo pendon de percalina, y como los héroes de Klopstock, quedó inmóvil, mudo, abismado en el pensamiento de su inmortalidad, envuelto entre aquellos pliegues rojos como un pollo desplumado en abundante salsa de tomate.

Entonces se adelantó D. Juan Sin-cara: quiso hablar, y dió sobre la menguada mesa un fuerte puñetazo. La sacra inspiración brillaba en sus ojos hasta el punto de semejar sus gafas verdes dos farolillos á la veneciana, y con voz que lo mismo parecía salir de las gafas, que de las narices, que del matorral de cerdas que cubría su boca, como cubren las telarañas la entrada de una cueva, dijo:

—¡Ciudadanos!... ¡Llegó la hora!... ¡La hora ha llegado ya!... ¡Ya ha llegado la hora!... ¡Yo nada digo!... ¡Nada digo yo!... ¡Yo no digo nada!... Porque habló este flamígero civilizador... este civilizador flamígero ha hablado... y á su lado soy yo... yo soy á su lado... un... un...

Y aquí D. Juan hundió ambas manos en los bolsillos, en busca del concepto que se le escapaba, las volvió á sacar, las volvió á meter, y encontrando al cabo una de las enérgicas interjecciones con que redondeaba las apódosis de sus periodos, con candidez federal, la soltó redonda.

El público quedó convencido: su entusiasmo traspasó entonces todas las barreras, y Lopijillo, vuelto en sí de su delirio, vióse precisado á imponer silencio agitando una sonora esquila, que de la collera de Primoroso, gallardo macho cuyos lomos oprimía en sus expediciones D. Juan Sin-cara, había venido á servir en el Club-cuadra de campanilla al Presidente. Restablecida la calma, trazó Lopijillo el plan: la mañana siguiente era la designada para el levantamiento general de todos los buenos patriotas, y tocábales por el pronto á los presentes apoderarse de la Casa-Ayuntamiento, destituir alcaldes y concejales, y nombrar por sufragio otros nuevos. Fijóse la hora en que habían de acudir todos á la plaza del pueblo, con cuantas escopetas pudieran proporcionarse, y Lopijillo levantó la sesión para volver á la capital, según dijo, antes de que amaneciese aquel día de gloriosa y federal ventura. ¡Harto comprendía el demagogo que una vez desatado el viento en el mar, la tempestad se produce por sí sola!

Al despedirse Lopijillo, el entusiasmo venció á la prudencia, y todos en tropel acompañaron al ilustre jefe hasta la salida del pueblo. Frente por frente de la casa de Juan Antonio, montó al fin Lopijillo con mil precauciones en su magnífico potro carrero, robado tres días antes en cierto famoso cortijo. Forcejeaba el indómito animal, y á duras penas contenía con las dobles bridas su fogosidad el improvisado ginete, cuando por última señal de despedida, dió un entusiasta viva á la libertad... Una voz de mujer, aguda como una saeta, contestó á este grito desde la casa de Juan Antonio, haciendo vibrar en el silencio de la noche, todas las cadencias de la ironía y de la rabia:

—¡Trap-lon!... ¡Viva la libertad!... ¡Pues aflójale las riendas al pot-ro!

III

Amaneció, por fin, el suspirado día, y desde muy temprano se agrepaban en torno de la Casa-Ayuntamiento los tertulianos de D. Juan Sin-cara, dejando traslucir en sus rostros preocupados, en sus miradas intranquilas, en sus diálogos sigilosos, esa inquietud que desasestiga el corazón del hombre, cuando se arriesga á una empresa en que juega el todo por el todo. El tío Mal-alma, Mefistófeles de aquellos desdichados, discurría atizando el fuego de corrillo en corrillo, dejando caer aquí una brillante promesa, allá una hinchada bravata, más lejos una sacrilega chocarrería.

Señaron, por fin, las doce en el reloj de la iglesia, y con pasmo de todos los que no estaban en el secreto, oyóse en vez del pausado toque del Angelus, un repentino y alborotado repique, que llevó á todos los rincones del pueblo la confusión y la alarma. Vióse al mismo tiempo aparecer repentinamente en lo alto de la torre, como en la caja de sorpresa el muñeco á impulso de un resorte, la estrafalaria figura de D. Juan Sin-cara, que enpuñando una bandera roja la enarbolaba junto á la veleta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la República Federal!...

Este grito repitieron en la plaza todos cuantos en ella se hallaban... Mas no ya con aquellos grotescos acentos que habían resonado la noche antes en el Club-cuadra de D. Juan Sin-cara: á lo cómico había sucedido lo trágico, y las mil horrendas pasiones que agitan al hombre antes de jugar la vida, se reflejaban ya en aquellos rudos semblantes, alejando todo lo ridículo para dar lugar á todo lo terrible. La ira, el furor, el espanto, la ansiedad, la ansiedad sobre todo, la pálida, la temblorosa, la terrible ansiedad que precede á todos los combates y á todos los crímenes, parecían hallarse suspendidas en aquellas fisonomías, esperando el primer grito, la primera humareda de pólvora para desbordar en todo su horror esa saña que precipita al hombre en un charco de sangre, y le hace experimentar, al teñirse las manos en ella, todos los sombríos deleites de la crueldad y la venganza... Pero la negra mano de la reacción, como decía Lopijillo, había tomado también sus medidas, y no bien resonó en lo alto de la torre el grito subversivo de D. Juan Sin-cara, cerráronse como por encanto las puertas de la Casa Ayuntamiento, y aparecieron en sus ventanas los formidables tricornios de varios Guardias civiles que allí mismo tenían su puesto, y las amenazadoras bocas de sus carabinas de dos cañones.

—¡Fuera todo el mundo!...—gritó el cabo.

Y una descarga cerrada ahogó este grito de intimación entre el estruendo de la fusilería y los alaridos de rabia. La Guardia civil rompió entonces el fuego, y comenzó esa eterna tragedia que se representa en el mundo desde que Cain tiñó sus manos en la sangre de Abel.... ¡Allí estaban hermanos luchando contra hermanos, ansiosos de derramar una sangre estéril en frutos y fecunda en remordimientos, disputándose como los beduinos del desierto el hilito de agua turbia que brota entre las arenas, sin acordarse del manantial de aguas vivas que brota en el vergel de los cielos único que puede apagar la sed del corazón humano!... Un sólo espectador tenía aquel drama sangriento: el mismo que había puesto las armas en manos de aquellos infelices, y desaparecía en el momento del peligro, para aparecer de nuevo en la hora del triunfo, como el vil merodeador que no se presenta en el campo de batalla hasta que solo quedan en él cadáveres que despojar... Allí estaba D. Juan Sin-cara refugiado en lo alto de la torre, esperando el éxito de la lucha, y sintiendo, aun al abrigo de los gruesos muros, todos los terrores de la cobardía: pálido, acurrucado en los rincones de la escalerilla de caracol, tentábase maquinalmente todo el cuerpo á cada explosión que resonaba en la plaza, para cerciorarse de que estaba ileso, y á retazos acudían á sus labios algunas plegarias que allá en el fondo de su corazón quedaban, como queda en el bote de esencias que ha rodado por mil basureros, algún rastro de su primer perfume.

Entretanto continuaba en la plaza el tiroteo, y ya la vista de la sangre derra-

mada avivaba la rabia de las fieras humanas: ya el impío furor lanzaba ferocidades y blasfemias con que parecían pelear las lenguas, al mismo tiempo que con las armas peleaban las manos... Mas de repente oyéronse en una de las calles laterales cánticos religiosos mezclados con alaridos confusos, y entre el estruendo de la lucha, y el humo de la pólvora, y el asombro de los combatientes, desembocó en la plaza un numeroso grupo de mujeres desgreñadas y llorosas, que con velas encendidas en las manos, rodeaban la Imagen de Jesús Nazareno, patron del pueblo, llevada en hombros por seis de aquellas desventuradas... Allí estaba el Salvador, coronada de espinas la majestuosa frente, descolorido el hermoso semblante, fijando los severos ojos en la lucha de fratricidas, como si de sus cárdenos labios fuese á brotar aquella terrible pregunta:

—¡Cain, Cain!... ¿Qué has hecho de tu hermano?...

Como de hielo quedáronse á tan inesperada vista cuantos en la plaza peleaban, y mientras con la una mano apretaban todavía las escopetas, descubriáronse con la otra maquinalmente las cabezas, al mismo tiempo que aomaban lágrimas de ternura á sus ojos poco chispeantes de rabia, al reconocer en el lloroso grupo que rodeaba al Señor, como en otro tiempo las mujeres de Jerusalen, cuál á su madre, cuál á su esposa, cuál á las hijas de su corazón!... Una chispa faltaba tan sólo para que el fuego del entusiasmo y del arrepentimiento prendiese en los corazones de aquellos hombres irresolutos, que se sentían temblar como reos, ante la Imagen de Jesús que como juez se les presentaba. La maldad sacrilega del tío Mal-alma encendió esta chispa: vióse á este énergúmeno echarse á la cara la escopeta, con sonrisa de demonio, apuntar á la Imagen, descestrar un tiro, y desaparecer como un rayo por una cercana callejuela... ¡En el corazón del Señor fué á clavarse aquella bala sacrilega!... En aquel mismo corazón que había dictado entre las agonías de una muerte afrentosa, aquellas dulcísimas palabras:

—¡Perdónalos, Padre, que no saben lo que se hacen!

Entonces sucedió allí una cosa sin nombre; mil alaridos de horror, de entusiasmo, de amor, de espanto, gritos del alma que parecían desgarrar los aires por todas partes, resonaron en todas direcciones, al mismo tiempo que los hombres arrojaban las escopetas y las mujeres las velas, y se precipitaban todos en tropel á la bendita Imagen, la rodeaban atropellándose, tendían hacia ella las manos, y querían abrazarla todos juntos, uno á uno, como si realmente tuviese vida aquel divino retrato, como si realmente temiesen ver espirar de nuevo, allí, á su vista, á impulsos de aquella bala, al Salvador de los hombres!... Abriéronse entonces las puertas de la Casa Ayuntamiento, y sus defensores desarmados también mezcláronse con sus poco ántes enemigos encarnizados, y entre gritos de entusiasmo y lágrimas de ternura, acompañaron todos hasta su ermi-

ta, situada á la salida del pueblo, la Imagen de Jesús Nazareno, que rodeado de aquella conmovida muchedumbre, parecía más que nunca el Buen Pastor volviendo al redil las descarriadas ovejas.

Llegaron entonces dos pastorcillos des-pavoridos, jadeantes, gritando con todas sus fuerzas, que allá abajo, en la carretera habían visto el cadáver de un hombre. Y toda aquella multitud que, como impulsada por un mismo presentimiento se trasladó allí al punto, pudo contemplar, en efecto, tendido en el ribazo de una colina, el cadáver del tío Mal-alma. Tenía un balazo en el pecho, que le atravesaba el corazón en igual sitio y de idéntico modo, que había taladrado la bala de su escopeta la Imagen de Jesús Nazareno.

Nadie preguntó ¿quién? ¿cómo? ¿cuando?... En el pavoroso silencio que ata la lengua cuando la criatura humana ve patente el dedo de Dios, y por una especie de intuición interior se da cuenta de su terrible presencia, sólo una exclamación brotó de todos los corazones:

—¡Justicia de Dios!... Justicia de Dios!

IV

Una sombra pálida se deslizaba mientras tanto de la torre de la iglesia: no era el genio de las batallas que viniese á aspirar el humo de la quemada pólvora, ni tampoco un vampiro que buscase moribundos para chupar su sangre tibia.... Era D. Juan Sin-cara, que huía desalado hácia la zahurda donde, en vez de volver á la capital, esperaban ocultos el éxito de la intentona, Lopijillo y su secretario. Allí llegó jadeante sin aliento: como el griego de Maratón, parece próximo á ahogarse; pero no es anunciando una victoria.

—¿Todo se ha perdido?—le preguntaron.

—¡Menos la pelleja!—contestó D. Juan. Y se undió las manos en los bolsillos.

Luis COLOMA, S. J.

(Mensajero del Corazón de Jesús.)

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA

(Continuación.)

58. María Magdalena derrama bálsamo sobre Jesús.

De Jericó regresó Jesús á Betania, en donde Simón, llamado el leproso, le preparó un convite. Lázaro era uno de los que estaban en la mesa y Marta servía al Señor. Entonces llegó á Jesús María Magdalena que trajo un vaso de alabastro conteniendo una libra de precioso unguento y lo derramó sobre la cabeza y los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos. Toda la casa quedó llena de la fragancia de aquel perfume. Algunos de los discípulos, al ver esto, lo llevaron muy á mal diciendo: «¿A qué fin este desperdicio?» Júdeas Iscariote dijo: «¿Por qué no se ha vendido este bálsamo por trescientos denarios, para limosna de los pobres?» Esto dijo, no porque él pasase algún cuidado por

los pobres, sino por avaricia. Pero Jesús contestó: «Dejad á esta mujer, pues ha hecho con migo una buena obra, porque se ha anticipado á ungrir mi cuerpo para la sepultura. Pobres siempre tendreis á mano, pero á mí no me tendreis siempre. En verdad os digo, que en donde quiera que fuere predicado el Evangelio, se celebrará tambien en memoria suya lo que acaba de haer en honra mia.»

L. C. Businger.

VARIEDADES

CRONICA DOMINGUERA.

—Ya has visto lo que el alcalde dice en el último bando.
 —Si que lo he visto, mujer, ayer lo leí en «El Diario».
 —Pues, hombre, vamos á ver si ya no hablas mal.
 —¡Canario!
 ¿Pues yo qué digo?
 —José...
 por Dios, hombre, si echas sapos y culebras por la boca en estando mal tomado.
 —Toma, porque algunas veces echo un puño, ó echo un ajo;... eso es peyata minuta, y Dios de eso no hace caso...
 —No... que dices otras cosas que las oyen los muchachos y en seguida las repiten lo mismo que papagayos.
 Mira, ayer, tu hijo el menor, que aun no tiene cuatro años, estaba diciendo... eso... que yo no quiero mentarlo.
 —¿Pepico?
 —Pepico, sí; que tuve que castigarlo con un picuento picante que le restregué en los labios...
 —Pues mira, hiciste, muy bien: ¡el demonio del mengajo!
 Que uno por una pesaumbre, eche un terno, no me aparte; pero un chico, una criatura: ¡estábamos apañados!
 A mí me daría vergüenza, mujer, te lo digo claro, de que cualquiera viniese á vernos, ponga por caso, y saliese el zagalico de esa manera graznando.
 —Pues, hijo, si tú lo enseñas; si él no escucha más rosario que el de esas palabras malas que nos están condenando.
 —¡Que las oiga y no las diga!
 —¡Hombre de Dios! Canta el pájaro lo que oye cantar, y el chico tambien dice sin pensarlo

lo que escucha, y si de niño saca ese vicio tan malo, cuando llegue á hombre, su boca de blasfemias será un caño.
 Y las personas honradas dirán: «¡Infeliz, acaso el pobre no tuvo madre; sería alguu desgraciado de los que vienen al mundo solos y desamparados!»
 Y como yo soy su madre; como yo he puesto en sus labios con los besos de mi alma mi fé en Dios y en lo sagrado; como á mí no me ha oido nunca más que invocar á los santos, y decir: «¡Virgen del Cármen! ¡Santo Cristo del Amparol! ¡San Antonio de mi vidal! ¡Jesús Eternol! ¡Dios santol!» como de mí aprende eso y oye de tí lo contrario... lo que ha de decir la gente es que su padre fué malo, y que le dió mal ejemplo y que no supo criarlo.
 —Mujer, pones ya las cosas en tal punto y en tal caso... que no parece sino que el que habla mal es que es malo.
 —Si que lo es. Quien no respeta lo divino y lo sagrado, nada respeta en el Mundo, ni lo divino ni humano.
 —Puede que que tengas razon: el otro dia, un gitano mató á un hombre, y al herirlo, dijo una blasfemia el bárbaro que me dió á mí frio, chica, y lo hubiera aniquilado.
 —El maldecir y hablar mal es cosa de condenados, lo que hacen en el infierno el demonio y sus diablos.
 —Mira, sea lo que quiera; por nuestro hijo lo hago: desde hoy tienes mi palabra de no echar siquiera un ajo ni en la ensalada de col que está muy bueno picado.
 —Muchas gracias, José mío; deja que te dé un abrazo.
 ¿Dónde hay palabras más dulces, sea riendo, sea llorando, que decir: ¡Virgen Santísima! ¡Jesús mío! ¡Cielo santol!

(Diario de Murcia.)

EL LIBERALISMO ES PECADO.

Recordarán nuestros lectores que hace mucho tiempo les recomendamos desde las columnas de nuestro humilde periódico, un librito que con el título arriba indicado habia publicado en Barcelona el eminente

escritor católico y virtuosísimo Sacerdote D. Felix Sardá y Salvany. Este libro, que como ya lo revela su título, era la refutación más franca y completa que hasta ahora se habia hecho de la gran heregía moderna, llamada *liberalismo*, sufrió no pocas contradicciones, aun de personas que, por sus circunstancias, parecían más bien llamadas á defenderlo que á atacarlo.

Despues de muchas peripecias, hasta fué denunciada á Roma la obra como perniciosa y de mala doctrina. Pero he aquí que Roma, cuando menos lo esperaban sus enemigos, no solo ha aprobado el libro, por medio de la Sagrada Congregacion del índice, sino que ha advertido á los contradictores ser ellos los que no están en lo cierto. Tenemos pues, que segun Roma declara, segun declara la maestra de la verdad, *el liberalismo es pecado*, y como tal debe tenerlo y considerarlo los católicos verdaderos.

Quiera Dios que ésta vez abran los ojos los que tanto empeño muestran en servir á dos señores, como si fuese posible jamás estar bien con Cristo y no estar mal con Barrabás, que ha sido y será siempre la personificación genuina de la maldad revolucionaria.

Máximas espirituales.

¿Quién de intolerable arguye su pena, pues la más grave dentro de una vida cabe que cual leve sombra huye?

No quiere Dios que padezcas sino que goees; mas es, no ahora, sino despues.

Si quieres en esta vida vivir con paz y sosiego, hazte sordo, mudo y ciego.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones medias, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean docientos periódicos al mes, que el accionista reparte por si entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fabricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 ptas. mensuales.
 Media 2 » »
 Un cuarto id. 1 » »
 Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 6 bajo; y en Cuba, «La Historia», Remedios.